

desgraciado soberano azteca, la copa del sufrimiento; pero este, con la serenidad con que resistió la horrible prueba, dió á conocer que la grandeza de su alma lo hacia tan digno empuñando la espada para defender los derechos de su pueblo injustamente amenazado, cómo apurando el mas acervo dolor á que lo sujetó en su infortunio, la mezquindad de sus miserables enemigos.

En seguida se hizo conducir al mismo sitio á la princesa Tecuichpotzin esposa del rey: esta noble señora era hija del infortunado Mocteuhezuma, primera ilustre víctima de la ambicion del conquistador. Este la recibió con las atenciones á que la reina era acreedora así por su sexo como por su elevada posicion; pero no dejaría de sentir algun remordimiento al ver el noble porte que la princesa manifestaba en su desgracia y en presencia del verdugo de su padre y de su esposo los dos objetos mas caros para su sensible corazon. Los nobles prisioneros fueron escoltados por Sandoval y conducidos á Coyoacan á donde los siguió el mismo Cortés, despues de dar sus disposiciones para la noche de ese dia.

Al siguiente Quauhtemo suplicó á Cortés dejase salir á los mexicanos fuera de la ciudad, para que respiraran otro aire puro y se proveyeran de víveres en las ciudades inmediatas. El general accedió á esta peticion, y por espacio de tres dias, estuvieron saliendo de la ciudad arruinada, hombres mugeres y niños, escualidos y macilentos como unos espectros que se hubieran fugado de la tumba; y la hermosa Tenoxtitlan con el pavoroso silencio de los sepulcros, quedó sin mas habitantes, que las aves de rapiña que venian á posarse en los desiertos "teocallis" y entre las ruinas de los palacios aztecas, para esconder entre sus inmundos vientres, la multitud de cadáveres que habian quedado insepultos en las calles de la ciudad arruinada ó escondidos entre los escombros de sus destruidos edificios.

¡Así pasa como una sombra fugaz, toda la mentida grandeza de este mundo!

CAPITULO XXX.

Suplicio de los prisioneros: repartimientos: tesoro real: reconstruccion de México.

Al otro dia de la toma de la ciudad, Cortés entró en algunas conferencias con los ilustres prisioneros, reclamándoles todas las alhajas y riquezas que habian tenido que dejar la memorable "noche triste," así en el palacio de Axayacatl, como en la calzada; y á mas queria le fuese entregado el tesoro de Mocteuhezuma, que juzgando por el desprecio que manifestó con el de su padre Axayacatl y que tan cuantioso habia parecido, debia ser el suyo de un valor extraordinario. Quauhtemo mandó algunos mensajeros, que de entre las ruinas de su palacio trajeron una considerable cantidad de piedras preciosas, oro, plata y algunos otros objetos así de valor como de exquisito gusto. (1)

Todo esto importaba una suma de bastante consideracion en sí; pero muy insignificante respecto de las cuantiosas riquezas que habia visto Cortés en México y esperaba obtener realizado su triunfo, de suerte que no quedandose satisfecho su deseo, declaró no ser aquello equivalente, ni á las riquezas perdidas en la noche triste, ni mucho menos al valioso tesoro de Mocteuhezuma. Quauhtemotzin declaró que los tlaltelolques habian puesto en salvo en algunas canoas, las mas valiosas alhajas y otros dijeron

(1) P. Cabo. Los tres siglos de México.

que las riquezas de México se habian estraído tambien y puesto á cubierto fuera de la ciudad. De esta suerte, la ambicion que á no dudarlo fué el primer móvil de los conquistadores para arrostrar los graves peligros y crecidas penalidades á que estuvieron espuestos durante tan larga y peligrosa campaña, quedó enteramente chasqueada, pues la parte material de la ciudad quedó destruida y ocultas todas sus riquezas y preciosidades. La numerosa turba de aliados en las repetidas entradas á la capital durante el asedio, habian tomado muchas cosas ocultándolas de los españoles: y de este modo al concluir el sitio, el botin fué considerado en un valor muy infimo, respecto de lo que se habian prometido los vencedores. Lo que pudo recogerse en mayor cantidad, fueron telas de algodón, sal y otros objetos de poco valor, todo lo cual fué repartido entre los ejércitos indígenas, que con ello y las gracias del general, se volvieron á sus respectivos pueblos muy satisfechos de haber cooperado á la completa destruccion de la monarquía azteca. ¡Pobres pueblos: su falta de prevision les daba un momento de satisfaccion, viéndose libres del yugo mexicano que les exigia como tributo una parte de sus riquezas, para alimentar su vanidad! Un instante paladearon la dulce esperanza de su libertad: y apagándose este pasajero brillo, volvieron á caer en la masmorra de una esclavitud, que tuvo todo el asqueroso carácter de la abyeccion y el envilecimiento.

Los vencedores al dia siguiente de su triunfo, se entregaron á una crapulosa orgía en satisfaccion de haber concluido felizmente su empresa; pero habiéndoles reprendido su conducta el P. Olmedo por el modo tan inconveniente de regocijarse, olvidando rendir la justa accion de gracias al Todopoderoso, al siguiente dieron lugar á una fiesta religiosa: á ella asistió todo el ejército que formado en procesion bajo sus banderas, presentando á la adoracion públi-

ca, el sagrado signo de la redencion y una imágen de la Santísima Virgen. El P. Olmedo predicó un sermón, trayendo á la memoria de los conquistadores, los mas graves motivos que los obligaban á rendir sus acciones de gracias á la Adorable Providencia que los librara de tan repetidos riesgos: y como la religion nunca se olvida de enjugar las lágrimas del affigido, dar fuerza á los desvalidos y enfrenar en sus justos límites la accion de los poderosos, se detuvo mucho en demostrar la inmensa responsabilidad que les daba su posicion de conquistadores, encareciéndoles que no abusaran de su poder y tratando á los vencidos como á hermanos desgraciados, respetaran en ellos los derechos que les habia dado la naturaleza. A esta valiente exhortacion del ministro de la religion, se siguió el Santo Sacrificio de la misa, despues del cual se dió la comunión á los gefes principales del ejército castellano.

Despues de este acto religioso, los conquistadores volvieron á entregar su corazón al recio viento de las pasiones: y este huracán desencadenado, los llevó al abismo mas lamentable, de donde sacaron la negra mancha con que aparecen estos hombres en la claridad de las páginas de la historia. La parte que les habia tocado en el botin la consideraban muy corta recompensa para sus crecidas fatigas é inminentes peligros á que habian estado espuestos. Empezaron á murmurar de Cortés, acusándolo de aplicarse la mayor parte del tesoro, defraudando los derechos de sus compañeros de armas: el tesorero Alderete, lo amagaba con una denuncia ante el soberano por apropiarse lo que pertenecia á la real hacienda; y en general todos creian, que secretamente estaba de acuerdo con Quauhtemo para ocultar el tesoro, que no parecia á las

ávidas miradas de los soldados, y que era el mas dorado ensueño de sus pensamientos. Cortés instaba á Quauhtemotzin para que revelara el lugar donde estaba el tesoro; pero el ilustre prisionero sostuvo no tener que hacer revelacion alguna en esta materia; y como la grito de los soldados aguijoneados por la codicia, pedia á grandes voces se entregara al tormento al rey mexicano para arrancarle una declaracion tan importante, el general se manifestó débil para sobreponerse á una exigencia tan necia como bárbara y dió el paso mas cruel, que por sí solo podía empañar la gloria mas brillante. Pusieron á Quauhtemotzin, con otro señor de la nobleza mexicana y Tettlepanquetzal rey de Tlacopan, sentados con los piés al fuego, despues de habérselos untado con aceite. A tan inhumano tratamiento, tanto mas cruel é inaudito, cuanto estaban frescas las promesas del caudillo español al rey azteca en el momento de su prision, y que el primero habia recibido la sagrada Eucaristía para rendir gracias al Señor de las naciones que habia dado la victoria á sus armas sobre todos los pueblos del Anahuac, no dejó de resistirse el soberano de Tlacopan, que volvió su rostro conmovido hácia su compañero el azteca; pero este esferzado jóven, que habia desafiado la muerte y los mas acerbos sufrimientos, no daba señal de impaciencia, y reprendiendo á su aliado por aquella natural queja, le dijo. “Acaso pensais hombre de poco corazon, que yo estoy en un lecho de flores?” Tettlepanquetzal, declaró que el tesoro de su corona, estaba oculto en una de sus quintas de Tacuba: los españoles, quitándolo del tormento, lo condujeron al lugar indicado; pero quedaron burlados cuando al llegar dijo, que solo se habia valido de ese medio con la esperanza de morir en el camino y escapar de su brutal inhumanidad. Quauhtemot-

zin con asombro de sus verdugos se mantuvo impávido en el suplicio, sin que logran de él otra confesion, que haber arrojado al lago todas las riquezas de su reino para impedir que se apoderaran de ellas sus enemigos. Cortés, avergonzado con el invicto sufrimiento de su víctima y la inutilidad de prolongar aquel bajo y miserable papel á que lo arrastraron su debilidad y la desenfrenada ambicion de sus subordinados, mandó quitar del tormento al rey: aun era tiempo para no privar de la vida al heróico azteca; pero demasiado tarde para impedir el mas feo borron en la vida del conquistador.

Cortés quiso hacer un esfuerzo para registrar el fondo de la laguna donde Quauhtemotzin en la fuerza de la accion del fuego, habia dicho fueron sepultadas las riquezas que con tanta avides se buscaban; pero solo se pudieron conseguir algunos objetos de poco valor. Tambien se registraron los estanques del palacio real y de allí sacaron una rueda de oro puro, que parece haber sido algun calendario azteca.

De todo lo que se pudo reunir de botin, se separó el quinto para el rey, incluso los muchos desgraciados que fueron reducidos á la esclavitud y marcados con el hierro candente, con que se grababa la ignominia de los infelices vencidos. Fueron tambien destinados para el rey, una gran cantidad de marcos de oro en tejos, muchas joyas de esquisito gusto y gran valor, con los tejidos mas finos de algodón, plumas y pelo de conejo. Cortés comisionó para presentar estos objetos a Carlos V, á los oficiales Avila y Quiñones el gefe de su guardia privada; pero el buque en que iban, fué apresado por un corsario frances y presentadas estas preciosidades á Francisco I, se negó a devolverlas, por no tener conocimiento de la cláusula del testamento de Adan, que fundara el derecho de sus hermanos de Castilla y Portugal, para partirse entresí los tesoros

del nuevomundo. Frivolidades indignas de los mayores soberanos de la civilizada europa, que se usaban para apoderarse de los despojos de los vencidos en el nuevo continente, los cuales aunque calificados de bárbaros, jamás arastraron su real dignidad, por un campo tan mezquino.

El general repartió entre sus soldados las tierras conquistadas, señalándoles algun número de indios que como esclavos trabajaran en labrarlas: y queriendo cimentar de un modo mas estable su autoridad, trató luego de la organizacion del gobierno civil, haciendo que sus mismos compañeros nombraran de entre ellos mismos, alcaldes y regidores.

Cuando se habian dado todas estas disposiciones, Cortés permanecia en los cuarteles de Coyoacan y la ciudad de México habia quedado sola, dejando que consumidos los cadáveres, y con el auxilio de las fumigaciones que se hacian diariamente, se purificara su atmósfera para volver á habitar en ella. Así que ya Cortés lo creyó oportuno, dispuso construir nuevos edificios y reedificar la aruinada México: para lo que, debieron emplearse las poblaciones indígenas, incluso los mismos mexicanos, cuyo descontento se hizo bastante notable; pero Cortés antes de que el mal tomara un carácter amenazante, adoptó una medida política, que confirmara mas la autoridad de que se creia investido con el triunfo de sus armas.

Habia muerto en esos dias el príncipe Ixtlilxochitl soberano de Tezcoco y que tan favorable habia sido para los españoles, por sus buenos servicios para con ellos, en despecho de los agravios que creyó haber recibido de los mexicanos desde el reinado de su padre Nezahualpili. Su hermano Coanaco, hecho rey durante la permanencia de los españoles en Tlaxcala, estaba preso en union de los

soberanos de México y Tlacopan; y en estas circunstancias, Cortés con su propia autoridad nombró señor de aquella ciudad al príncipe D. Carlos Ixtlilxochitl, gefe que lo habia acompañado en el sitio mandando las fuerzas tezcucanas, y hermano del rey que habia muerto. Para darle esta investidura de autoridad, le impuso la condicion, de que mandara á la reedificacion de México, los carpinteros y demas artesanos necesarios, por ser los de su ciudad, los mas aventajados en los pueblos del Anahuac; y este incauto jóven se tuvo por muy dichoso con aquella efimera apariencia de soberanía, accediendo á las condicionés del conquistador y ser en todo un instrumento para consumir la ruina de sus nacionales.

Para aquietar los ánimos de los mexicanos, puso libre al Cihuacohuatl segundo gefe del imperio mexicano, y tanto á él como á un hijo de Mocteuhezuma, llamado Xohualicahuatzin, y que despues recibió el nombre de D. Pedro fueron concedidos terrenos que fabricar, nombrando al último superintendente de las fabricas: con esta medida, que podia tenerse como una honra dispensada á estos dos personajes de la primera nobleza, y con haber señalado sitio, para que poblaran los mexicanos que andaban vagando sin residencia fija, el pueblo se conformó, y como lo predijeron muchas veces los terribles aztecas al ver á sus enemigos indios ocupados en la destruccion de su capital, ellos tuvieron que emplearse en la reparacion, bajo la direccion de los españoles, que se habian enseñoreado de la tierra. Antes de dar principio á la obra, se destruyeron varios teocallis de los que quedaron en pié durante el sitio de la ciudad: se removieron los sepulcros, por saber la costumbre de aquellos pueblos, de sepultar con las cenizas de los muertos algunas alhajas de oro y piedras de gran

valor, operacion que les dió una suma considerable. (2)

Se formaron separadas las casas de los mexicanos y las de los españoles, que se aumentaron luego, con los que ocurrieron de las islas, luego que se supo la rendicion y toma de México, á cuya suerte estaba ligada la de todos los pueblos del Anahuac: los españoles que se acercaron en la primera ciudad, ascendieron á dos mil doscientos. (3) A estos les fueron concedidos sus respectivos solares; y el Cortés mismo se señaló el suyo para edificar un suntuoso palacio, empleando para todas las obras, una inmensidad de los naturales, el tetzontli de que habian ya hecho uso los mexicanos y la madera que en abundancia proporcionaban los vecinos y poblados bosques de cedros y sipleces.

Cón tales elementos y el rigor con que los conquistadores exigian la actividad de los operarios, muy pronto quedó concluida la nueva ciudad, cuyos moradores sin pertenecer á la sangrienta idolatría de los aztecas, no fueron menos funestos á los desgraciados naturales de todos los pueblos, pues ni les quitaron las cadenas de su pesada esclavitud, y aunque no los sacrificaron como víctimas en aras de las falsas divinidades, los hicieron sucumbir al desapiadado peso de un trabajo exesivamente superior á sus fuerzas.

Para que la dominacion de Cortés echara raices duraderas en aquel suelo privilegiado, determinó que la nueva capital no fuera solo una colonia militar y luego tomó providencias de que se trasladaran á ella así de las islas como de España, algunas mugeres con quien se fueran casando sus capitanes y soldados: haciendo que los que ya lo eran, trasportaran allá sus familias: hizo que de las islas se llevaran los ganados mayores y menores, la caña de azúcar importadas por Colon á las regiones descubiertas por él

[2] Pag. 37 de este mismo tomo.—3. P. Cabo. pag. 6.

mismo; y todas las demas frutas y semillas que pudieran aclimatarse en el variado territorio que conquistaron. No descuidó atender al aumento de su ejército, proveyéndolo de municiones, para lo cual estableció la fundicion de cañones, hizo sacar azufre de los volcanes para fabricar la pólvora; y aunque á precios subidos compró caballos y armas para el completo equipo del ejército. De todo esto dió cuenta al emperador Carlos V suplicándole confirmara el nombre de Nueva España con que habia designado las tierras de su conquista, así como los nombramientos hechos para el gobierno civil: que aprobara las concesiones de tierra que tenia hechas; y que mandara gente que aumentara la poblacion, y eclesiásticos que enseñaran á los indígenas el conocimiento de la religion cristiana, á cuya carta se acompañó otra firmada por todo el ejército, comprobando las aseveraciones de su general y recomendándolo á la magnanimidad del soberano, por los importantes servicios que habia hecho al trono de Castilla. (8)

CAPITULO XXXI.

Progresos de la conquista. Cortés se confirma en su autoridad por el trono de España.

La toma de la ciudad de México se difundió por todas partes con velocidad: y el prestigio que con esto adquirieron las armas españolas, hizo que de todas partes vinieran á ofrecerse á la disposicion de Cortés. Sabia que confiando con el imperio azteca, se hallaba el reino de Mé-

[8] Bernal Diaz cap. 169. Solís hist. de la N. E. lib. 1 cap. 5.